

EL CASTILLO DE PANCORVO.

En el camino que conduce de Burgos á Vitoria, á la salida del pueblo de Pancorvo, se encuentran dos enormes montañas de piedra que parecen cerrar el paso al viajero, quien siguiendo las caprichosas curvas por ellos descritas, consigue verse del otro lado de aquellas moles despues de atravesar una angosta garganta, desde la cual apenas se acierta á distinguir un estrecho trozo de cielo en el espacio que media de una á otra cumbre de aquellos peñascos.

En la cima del que se halla á la derecha, yendo de Castilla á Guipúzcoa, y sobre una eminencia, se ostentaba la magnífica batería de Santa Bárbara, que tan famosa y terrible se hizo en tiempo de las irrupciones de los árabes: sobre esta fortificación se construyeron modernamente los fuertes de Santa Engracia, Santa Marta, Animas etc. que ocupaban toda la montaña y que el ejército francés que nos visitó á las órdenes de Angulema, tuvo por conveniente reducir á los restos que representa nuestro grabado, sin que quedara otra cosa de los hermosos cuarteles, capilla y murallas que constituían aquella imponente obra de defensa y hacían sumamente difícil su espesa subida.

Las tropas francesas, que han dejado siempre marcadas sus invasiones en España con indelebles huellas de desolación, privaron de importancia militar al castillo de Pancorvo, que no ofrece ya interés mas que al artista que buscando materiales para sus apuntes,

acomete la subida á aquella altura, en la cual le seducen las pintorescas vistas que ofrece y el aspecto severo de aquellas ruinas, que hemos creído debían venir á ocupar un lugar entre las copias de monumentos antiguos publicados en el SEMANARIO.

EL TEMPLO DE DIANA EN LA CIUDAD DE DENIA.

Este templo, que por desgracia ya no existe, no menos famoso que magnífico, fué erigido por los Zazintos, naturales de la Isla de Zazinto, hoy Zante, á su Diosa Diana Efesia, en tiempo, ó no muchos años despues de Sículo, que floreció mas de doscientos años antes de la guerra de Troya. Asi lo asientan como cierto, y como probado por otros autores graves y antiquísimos. Florian de Ocampo en el lib. 4.º cap. 29, de su «Coronica general de España» el P. Mariana, lib. 1.º cap. 12 de su Historia, y el Dr. Palau en sus antiguas memorias sobre Denia, cap. 2.º.

El P. Mariana asegura que este templo «fué el mas famoso que hubo en España, y que conforme á la «costumbre y superstición de los griegos, adoraron «ellos con idolos, derramando en él mucha sangre de «sacrificios que allí hacían ordinariamente.» «Con esto, «añade, los naturales maravillados de tantas y tan «nuevas ceremonias, y de la majestad de todo el edi- «ficio, comenzaron á tener á esta gente por hombres «venidos del cielo, y por superiores á las demas nacio- «nes.... El enmaderamiento de este templo era de «enebro, madera no menos olorosa que incorruptible, «tanto que Plinio testifica se conservaba hasta su tiem- «po sin alguna corrupción ni careoma.»

47 DE SETIEMBRE DE 1848.

Florian de Ocampo, despues de decir sustancialmente lo mismo que Mariana, añade, que este templo fué el primero donde tuvo principio en España la idolatría griega, y que Plinio asegura tambien, que la tabazon del templo sobredicho duraba fresca y entera hasta su tiempo, que por buena cuenta hallamos ser poco menos de mil seiscientos años.

Este es pues, sin la menor duda, conforme con lo que igualmente refieren otros autores, aquel tan principal, de tan grandiosa y rica fábrica, como dice el mismo Plinio, tan frecuentado y famoso, que dió su nombre de Dianium, hoy Denia, á la ciudad donde se fundó.

Estrabon en el lib. 3.º dice «que el templo en cuestion estaba en la estremidad de Hemerescopium, y era venerado con frecuente devocion.» Debemos notar aqui, que el decir este autor en el mismo pasaje citado de su obra, que el Lugarejo mas célebre de los tres fundados por los marselleses entre el Jucar y Cartagena era el de Hemerescopium, no la misma ciudad, fué causa de que mal entendido incurriesen algunos historiadores en un error tan grave y á todas luces tan craso, como el de suponer que Hemerescopium ó Dianium fué fundacion de los Focenses, procedentes de Marsella, confundiendo así el Lugarejo ó barrio llamado de los Marselleses, con la ciudad principal, de la cual no era en realidad aquel mas que un arrabal. Este error se halla hoy completamente desvanecido: patentes están las cercas del lugar ó barrio de los marselleses; patentes tambien las de Hemerescopium ó Dianium, con sus antiquísimas ruinas; patentes por último los grandiosos restos del templo de Diana.

En efecto, en el sitio mismo indicado por Estrabon «en la estremidad de la ciudad,» en lo último de ella, no en lo mas alto, como equivocadamente interpretaron algunos cronistas del reino, sino en la misma raiz del montecito donde está hoy el castillo de Denia, en la parte de tramontana, debajo de dicha fortaleza, exactamente en el punto que asimismo determina Plinio, en ese lugar señalado por ambos autores, y que es hoy una heredad del Dr. D. José Llorens, se han hallado los insinuados restos. Allí se descubrió primero una estatua de mármol blanquísimo de admirable hechura, cuya altura era mayor que la natural, con ropajes y pechos de muger, pero sin cabeza ni manos, siendo verosímil que estas partes fuesen de metal; pues se veian en la misma estatua los correspondientes encajes. Allí se hallaron otras tres estatuas igualmente de mármol blanco sin cabezas ni manos, de estatura algo menor que la natural, dos de ellas de mugeres y la tercera de hombre, vestidas de unos ropajes que mas bien parecian griegos que romanos. Allí se encontró un pavimento, ó piso de aposento muy grande, como dice el ya citado Dr. Palau, testigo ocular de aquellos descubrimientos, «de obra tan prima» son sus propias palabras, «que la mayor piedra de este suelo, no era mayor que la uña del dedo pulgar, y todo de piedrecitas labradas de diferentes colores, blancas, negras, coloradas, azules, amarillas y verdes que, embutidas con orden, formaban follajes y muestras de admirable artificio, habiendo quedado enterrado como estaba, pues no se le tocó.» Cerca de este primoroso suelo de mosaico, habia otro pavimento de losas grandes de piedra viva de Murviedro, tan usadas y servidas, que estaban ya muy desgastadas. Allí mismo, de entre aquellas ruinas, se desenterraron nueve lápidas, con diferentes inscripciones. Una de ellas de mármol blanco y finísimo, de dos dedos de espesor, anunciaba ser una dedicacion á su amo de dos hermanas, esclavas-libertas de Publio Aufidio, quien, segun Beuter, Palau y otros, fué uno de los principales cómplices en la conspiracion de Perpenna contra el gran Sertorio. De allí mismo se sacaron grandes pedazos de columnas, pedestales y capiteles de mármol; doce basas enteras y muy curiosas de estatuas, con sus correspondientes asientos y encajes de los pies; siete ú ocho mas, tambien grandes de piedra viva, todas iguales de una sola pieza; y muchas losas, unas semejantes á bufetes, otras labradas y todas muy grandes, y hace poco tiem-

po diferentes monedas y medallas, de algunas de las cuales, son las copias que van al frente de este artículo; dando este conjunto de ruinas y objetos un tes-



timonio irrefragable de que allí fué el grandioso templo de Diana.

La mayor parte de los indicados restos salieron con señales indelebles de fuego; prueba clara de haber sido incendiado el templo, lo cual debió de verificarse, segun todas las probabilidades, á la entrada de los bárbaros del Norte, pues sabido es que lievaron por do quiera el incendio, la devastacion y la muerte; y aunque parece segun algunos historiadores, que los Suevos, Vándalos y Alanos respetaron como gentiles el templo en cuestion, no así los Godos, que acabando de arrasar con el hierro y el fuego, lo poco que en pie dejaban aquellos en la desventurada España, se ensañaron, como nuevos cristianos arrianos, contra este templo de la gentilidad.

Fáltanos añadir, que todos los restos indicados y otros de que no tenemos noticias exactas, se hallaron por mera casualidad, al cavar la tierra para beneficiarla. Si con espresa intencion se hiciesen escavaciones en el mismo sitio, ¡cuántas joyas de inestimable precio para los arqueólogos! ¡Cuántas lecciones para la historia! ¡Cuán preciosas antiguallas pudieran desenterrarse!.....

REMIGIO SALOMON.

MORETO.

(Conclusion.)

Muy poco es lo que se sabe acerca de la vida de D. Agustín Moreto. Nació hacia el principio del siglo XVII, y algo mas jóven que Calderon, murió el 28 de octubre de 1669 en Toledo, donde por muchos años habia poseído un empleo eclesiástico. Como Lope y Calderon, terminó en el servicio de la iglesia, una vida, que bajo muy diferentes auspicios comenzara. Asegurase que en sus últimos años se consagró todo á los deberes de su nueva profesion, y que, si con las musas mantuvo todavia algun comercio, era este tan lícito, como que de él resultaban producciones sagradas.

Moreto, el primer poeta dramático de España, despues de los dos célebres ya citados, no les es inferior, sino por una circunstancia que dice relacion mas bien que con sus obras, con su persona. Parecia desprovisto de esa fecundidad, esa pujante invencion, que tan eminentemente distinguian al autor de *la Estrella de Sevilla* y otras obras maestras. Sus comedias, imitaciones casi siempre, ya de sus contemporáneos, ya de sus predecesores, eran tan ajustadas al original, que á veces pudieran llamarse verdaderas copias. Decirse, empero, debió que en sus formidables luchas con modelos, que hubieran aniquilado á un talento mediano ó secundario, Moreto salió siempre victorioso aun al habérselas, cual solia, con el céle-

bre Lope. Moreto escedió á todos los poetas españoles en la regularidad y erudición de sus composiciones, y en la habilidad y sencillez, al menos relativa, que domina siempre en el nudo del plan y en la conducta de la acción. La intriga, menos complicada en él que en Calderón, fatiga también menos, y, mas verosímil, ofrece mayor interés; sus desenlaces son mas naturales, mejor preparados, mas fácilmente conducidos; su estilo, algo menos rico de poesía, participa menos también del *gongorismo* de la época; su versificación es no menos elegante y fácil, y en sus diálogos se encuentra la misma delicadeza, la misma gracia, la misma mezcla de amable despejo y noble cortesía.

En las comedias de capa y espada, género que con superioridad incontestable manejó, poseía una plenitud de fuerza cómica desconocida á Lope y Calderón. El arte de pintar el ridículo, de sostener los caracteres, de preparar las situaciones, le era enteramente particular. Solo él parecía comprender, que para dar el verdadero tono á la comedia, era preciso algo mas que una intriga ingeniosa, y uno que otro rasgo ideal. Con algunos pasos mas hubiera fundado en España la comedia de costumbres, que á la sazón manejaba ventajosamente en Francia el célebre Molière.

Entre todas las obras de Moreto, la que con mas éxito se ha sostenido en la escena, y con mas frecuencia ha sido citada, es la de *Rey valiente y justiciero*, ó *rico hombre de Alcalá*. Sabido es que antes de Carlos V, y cuando este no había instituido aun los grandes de España, el título de *rico-hombre* designaba la clase mas elevada de la nobleza.

Lope de Vega había compuesto su *Infanzon de Illescas*, cuya idea y principales pormenores imitó Moreto; pero, tan admirablemente, que el servilismo de la copia ha encontrado fácilmente perdón en la superioridad de esta, la cual hizo caer en el olvido al mismo original. *El Rey valiente y justiciero* es el famoso D. Pedro, que pudiéramos llamar la providencia de los trágicos españoles, según las felices inspiraciones que de él han recibido. Pero ese carácter tan dramático que le atribuye la poesía, rara vez ha sido pintado con tan enérgicos colores; rara vez la escena ha ofrecido un cuadro tan sorprendente de las costumbres y estado social que presentaba esta época de la edad media.

El valiente Justiciero es, á no dudarlo, una obra maestra de primer orden, que, si no escede á todos los dramas trágicos españoles, tampoco es inferior á ninguno de ellos. Podrá acaso faltar en su acción el interés tan vivo, tan sostenido y tan arrebatador, que campea en *el Médico de su honra* de Calderón, ó en *la estrella de Sevilla* de Lope; pero, en cambio, los caracteres están dibujados con una verdad y una energía incomparables, y el colorido de la época admirablemente presentado. D. Tello es un tipo acabado del orullo aristocrático y de la tiranía feudal. El carácter de D. Pedro jamás ha sido presentado sobre la escena con igual talento, con tal felicidad; todos los detalles de su papel son de una perfección, de una profundidad inimitables. El genio de Moreto ha resuelto, por decirlo así, el problema histórico, á que daban origen los contradictorios juicios, que acerca de este príncipe formado hubieran los cronistas y los poetas. En el inflexible justiciero nos deja entrever al sanguinario é implacable tirano. A la irritación que D. Pedro siente por los disturbios de sus hermanos y violencias de la nobleza, á los proyectos de castigo y de venganza que á cada paso le asaltan, al instinto del despotismo, que suele mezclarse con su amor hacia la justicia, á los transportes que le ocasiona la menor contradicción, á la rudeza salvaje, caprichosa y casi feroz, que no sin frecuencia ahoga en él una afectación de cortesía galante y caballeresca; sobreviene lo que no puede dejar de suceder, cuando nuevas provocaciones, nuevos ultrajes le hacen arrostrar por todo. Entonces hasta el crimen le es familiar, la sangre inocente no le horroriza, y, ya que no remordimientos, supersticiosos terrores le persiguen, le ajitan, conmueven su imaginación, y trastornan su al-

ma, inaccesible á todo otro temor. Y aquí es donde Moreto hace alarde de concepciones poderosamente trágicas, de esas que engrandecieron á Shakespeare, y que revelan en nuestro autor al gran poeta, al historiador, al moralista, casi al hombre de Estado; como si á cierta altura se tocasen y confundiesen las grandes facultades del espíritu.

Aunque Moreto se haya ensayado mas de una vez en el género trágico, y por mas que abunden en incontestables bellezas sus comedias heroicas ó sagradas; ninguna, á escepcion del *Valiente Justiciero*, ha conseguido inmortalizarse en el teatro, ni quedar en la memoria de los amantes de las letras. Sus comedias de *capa y espada*, no nos cansaremos de repetirlo, son las que le han conquistado tan glorioso renombre. No sabemos, por lo tanto, si colocar en esta línea al admirable drama *el desden con el desden*, perteneciente al parecer á un género intermedio, si atendemos á la elección de personajes y á la dignidad y sostenida elegancia de su dicción.

Moreto en esta obra ha seguido estrictamente las huellas de Lope, cuyas dos comedias *la Bella Laidé* y *los Milagros del Desprecio* parecen querer demostrar, que el desden es el mejor medio de rendir la esquivé de una muger. Y este principio, dominante en la obra de Moreto, ha sido por él tan hábilmente manejado y desenvuelto, que hasta ridículo fuera darle en rostro con la no invención de uno de esos lugares comunes, fecundos solamente en el teatro, cuando un hombre de genio se encarga de explotarlos.

El desden con el desden es tenido, y con razón, como la obra maestra de la comedia española, como el tipo de la pintura fiel del corazón humano y del desarrollo de las pasiones. Es un grupo de caracteres, cuya acabada elegancia, finura y colorido poético causan al alma un placer verdaderamente exquisito. En él reina, con esa fuerza cómica, inseparable de la profunda verdad de los caracteres, una jocosidad viva y graciosa, que brilla muy principalmente en el encantador papel del gracioso, inventor y principal instrumento de la ingeniosa trama.

Molière, en su *Princesa de Elide*, ha imitado, y traducido en algunos pasajes, la obra de Moreto; á cuyo ilustre modelo no pudo arribar, ya por no haber tratado de empuñar con él una lucha formal, ya también porque este género, algo sutilizado, parece convenir admirablemente á la índole de la lengua castellana y al giro particular de la poesía española en aquella época. Sábese, con efecto, que la *Princesa de Elide*, destinada á una función de corte, fué escrita con tal precipitación, que apenas su autor pudo versificar el primer acto; los restantes no son otra cosa que bosquejos imperfectamente trazados. Esto debiera desarmar el rigor de algunos críticos españoles hacia la obra de Molière, cuya inferioridad respecto á la de Moreto tanto les enorgullece. Y, á decir verdad, nos parece indigna de ambos autores la comparación establecida en medio de tales circunstancias. Pero lo mas extraño y difícil de concebir es la opinión de algunos críticos franceses, que, colocando en la medianía á la *Princesa de Elide*, y citando al *Desden con el desden* como obra maestra de un poeta, á quien concedían gustosos algun mérito, se han atrevido á sentar, que Molière hubo perfeccionado lo que tomara de Moreto. Baste, empero, decir, que en la casi informe imitación del primero desaparece completamente la deliciosa escena del baile, queda apenas indicada la del jardín, y degenera en insipido bufón el ideal y picante gracioso de Moreto.

Hemos dicho que en la comedia de *capa y espada* es donde Moreto hace gala de la superioridad de su talento dramático, sustituyendo al interés frecuentemente empalagoso que los embrollos de Calderón escitan, un interés mas real, ya deducido de la naturaleza cómica de las situaciones, ya de la pintura del ridículo. No es esto decir, que haya él dejado de manejar, y con bastante éxito á veces, el poderoso y difícil resorte de que se ha valido tan frecuentemente Calderón, no: en algunas de sus piezas, y con especialidad en *la Confusion de un Jardín*, ha probado victoriosamente, que podía, en caso de necesidad, in-

ventar una complicada intriga, conduciéndola á un grado de verosimilitud y claridad, que vanamente se buscara en Calderon. Mas, no obstante todo lo dicho, instintos en que por otros medios ha obtenido nuestro poeta sus gloriosos triunfos.

En el *Lindo D. Diego*, cuyo título ha llegado á hacerse una locucion proverbial para designar la fatuidad mas frivola, se encuentra el cuadro picante de una extravagancia que pertenece á todos los tiempos, por mas que cambie con las épocas sus formas y su espresion. Esta comedia es uno de los primeros modelos de lo que en España llamamos *Comedia de Figuron*, significando por este un carácter ridiculo, una especie de caricatura, género de obra, casi desconocido á Calderon y Lope, mas posteriormente manejado por algunos poetas con bastante éxito.

Pero el mas alegre, el mas animado, el mas vivamente entretejido de todos los dramas de Moreto, es el conocido con el singular título de *Trampa adelante*. Su ingenioso enredo dá lugar á una serie de encantadoras escenas, donde brilla muy superiormente la viveza, la jovialidad, el ingenio, en fin, elegante al par que natural, de Moreto. Inútil es decir, que, tras un complicado embrollo sobreviene un desenlace satisfactorio; y, conforme á las leyes del teatro español, se encuentra, como consuelo de la amante desdenada por el protagonista, un amante repelido por la heroína, lo cual deja complacidos á los espectadores. En suma: hay pocos dramas que puedan leerse con igual placer, pocos en que pueda encontrarse menos motivo de censura.

Otra de las piezas mas lindas de Moreto es la titulada *No puede ser el guardan una muger*, cuyo objeto é ideas principales están tomadas de *el Mayor imposible* de Lope, y cuya entrada recuerda la de *la Moza de cántaro* del mismo: cuarenta años habrá que salió á luz una pieccecita francesa (*Ruse contre Ruse*), imitación muy marcada de la comedia de Moreto. También merece honroso recuerdo *la Ocasión hace al ladrón*, fundada, como muchas otras del autor, en la suposición engañosa de personas. El trueque involuntario de dos cofrecillos, depositados por la noche en un meson, en medio de la oscuridad, es la base de la acción, que, con bastante verosimilitud, produce una porción de incidentes, tan picantes como dramáticos. El original de esta pieza es *la villana de Vallecas*, obra maestra de Tirso, y la cual imitó Moreto, hasta el extremo de copiar servilmente varias escenas. Mas feliz estuvo todavía en *el Parecido en la corte*, una de las comedias mas frecuentemente representadas en el teatro de Madrid, y una también de las mejor recibidas, preferencia debida tal vez al donaire lleno de número, que respira todo el papel del gracioso.

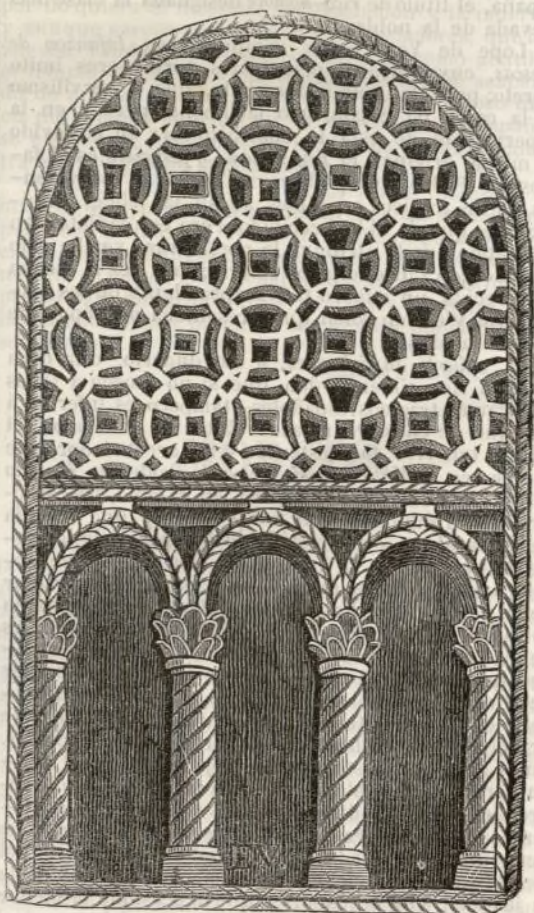
No pocos puntos de contacto tiene con las dos comedias citadas la célebre de *la Tía y la Sobrina*, imitación también de una de Lope completamente olvidada. Es entre las de su autor la que mas rebosa verdad cómica, y mas fundada está en la observancia de las debilidades y ridiculeces. Sus caracteres están admirablemente trazados, y son de una prodigiosa verdad, sin dejar por eso de aparecer delineados con picantez.

Heos recorrido, aunque brevemente, las composiciones mas acabadas de Moreto, aquellas donde mas fuertemente ha dejado impreso el sello de su genio; parecidos sea esto bastante para hacer conocer el carácter particular, que preside á las obras de uno de los primeros poetas españoles. Y, como conclusion del juicio que nos merece, diremos: que, no tan inventor como Calderon y Lope, era mas sábio que ellos, de un gusto mas seguro, y de una sencillez y verdad de que ambos carecieron. Diremos, en fin, que si por lo que hace á los dramas trágicos, solo uno produjo que mereciera colocarse sin rubor al lado de los de aquellos dos maestros del arte, también puede enorgullecerse con un timbre literario bien honroso para él, á saber la creacion de la verdadera comedia, de que Lope no tuvo sino una idea confusa, y Calderon una sospecha vaga; porque, sin embargo, es tanto mas recomendable, cuanto que desechando, para producir interés, toda aventura romancesca y extraor-

dinaria, encuéntralo en la pintura de los caracteres extravagantes y ridiculos, de que por desdicha abunda demasiado la humanidad.

Las obras de Moreto entran en el número de las que, en España, se han sostenido siempre cercadas de aura popular, aun durante la época en que la imitación del teatro francés habia hecho caer en un injusto descrédito al antiguo español. Tal vez deban esta ventaja, mas que á su propio mérito, á una circunstancia relativamente secundaria; porque en efecto, careciendo de la osadía y desbarros de la escuela antigua española, y siendo por otra parte muy regulares sus formas, no era mucho quedasen recomendadas á la benevolencia de la nueva escuela, interesándose al par el orgullo nacional, en poder citar alguna que otra obra suya, como para manifestar que en todos tiempos habia tenido España ingenios privilegiados, aun en aquellos en que tan poco aprecio merecian los preceptos clásicos.

La gloria de Moreto, lejos de perecer entre sus compatriotas, ni aun ha sufrido, como la de Lope, un eclipse temporal, si bien es cierto que tampoco ha brillado tanto ni tan popularmente cual la de aquel y Calderon. Aun mas, ni aun ha pasado los Pirineos. En Francia, Inglaterra y Alemania el nombre de Moreto es enteramente desconocido para quien no ha hecho un estudio particular de la poesia española. ¿De dónde puede esto provenir? Imposible es atribuirlo á otra cosa que á una de esas casualidades que presiden á los destinos literarios.



Ventana de S. Miguel de Lino en Naranco (Asturias).

UNA NOCHE EN UN FARO.

Era el tiempo del equinocio, el viento bramaba con furor y sus ráfagas levantaban monstruosas oleadas, que iban con un ruido espantoso á estre-

llarse contra la roja ribera de la isla en que se elevaba el faro: ya hacía días que no se había divisado una sola vela á través de la densa bruma del Océano, y el marino más intrépido no hubiera osado arrostrar esta lucha de los elementos. Desgracia lamentable para el piloto, todo movimiento había cesado sobre la ribera desierta. Las relaciones de vecindad se habían interrumpido y el amigo de todo el mundo, el huésped del agua roja, apenas podía reclutar á alguno de sus compañeros habituales de velada. De tiempo en tiempo, á largos intervalos, se veía aparecer en las alturas una figura aislada, el padre ó la mujer de algún marino ausente ó bien alguno de los viejos pilotos de la isla para los que era una condición de su existencia, leer en el cielo el tiempo y los vientos, despreciar la violencia de las tempestades, y estudiar con mirada tranquila, cruzados los brazos sobre el pecho, la superficie revuelta de las aguas. Resguardados por los muros del fanal, pasaban allí largas horas, sentados en silencio sufriendo la lluvia salada que la ola enviaba silvando hasta por cima de las paredes del edificio, esperando en valde un navio que no parecía. Los mariscos y algas marinas, revueltos en torbellinos, eran lanzados aun sobre lo alto de las playas por la mano de Neptuno encolerizado, y venían á dar repetidos golpes contra las puertas de las habitaciones. Heligolana, la isla de las tempestades, se admiraba entonces de este desencadenamiento extraño de todos los poderes de la naturaleza y se hubiera dicho que temblaba como un enfermo bajo los estremecimientos de la fiebre.

El vigilante del faro aunque mas espuesto que ninguno de los insulares, á los furiosos del huracán, podía decirse era el único que consideraba este temporal con una tranquilidad impasible.

Era un agradable anciano encorvado bajo el peso de una edad avanzada y los trabajos de su ruda profesión.

Nacido en Heligolana de padres tan pobres, que la miseria les había obligado á abandonarlo siendo niño á sus propias fuerzas, se había abierto un camino en la vida con una perseverancia de hierro, una resolución intrépida y una obediencia pasiva, cualidad principal de verdadero marino; ahora en el final de su penosa carrera, gracias á los pequeños ahorros que con trabajo había juntado, gozaba de una independencia duramente adquirida, como guarda del faro recientemente levantado sobre su ribera natal. Desde su nacimiento, era Enrique taciturno; una mirada, una señal de cabeza ó de la mano eran las mas veces la única expresión de sus ideas. ¿Estaba el cielo tranquilo? Enrique enmudecía: se hubiera podido decir entonces, que no tenía ni tiempo, ni voluntad para ocuparse de los demás; el mar absorbía toda su atención. Pero sobrevenía la borrasca, y ya era otro hombre; tan luego como la ola azotaba las sólidas murallas de su faro, sonreía sensiblemente; su lengua estaba ágil, su espíritu dispuesto. Entonces nada le agradaba tanto como la compañía de los jóvenes pilotos que iban en tropel á conversar y brindar con él.

El huracán duraba hacía muchos días y cada instante iba siendo mas terrible. Como consecuencia natural de la tempestad, Enrique salía de su distracción y había roto el silencio, que era su estado normal en tiempo de bonanza. En la tarde del cuarto día sonaron varios golpes á su puerta: abrióse aquella y dió paso á media docena de Heligolandeses, tostados por el viento, que iban á pasar la velada con él. El viejo marino sacó de los bolsillos una despues de otra sus robustas manos y las tendió á sus compañeros, que se las presentaron con respetuosa deferencia.

—He, vaya un tiempo, muchachos! Ya había previsto ayer que sería peor hoy, como ya he visto hoy que será peor mañana—Esto vá mal muchachos; el reverbero del fanal se ha ennegrecido con el humo y ya estoy cansado de limpiarle para desengrasarle y hacerle relucir. Sí, sí, mañana será peor» Despues Enrique se arrellanó en su poltrona y pidió su cena. Betzi sirvió el té á su abuelo, con rebanadas de pan tostado, sabiamente colocadas en pirámide y se puso

á preparar lo necesario para los recién llegados. «Como es, señor Enrique, dijo Hobeu, uno de los pilotos mas jóvenes, que estais tan alegre en el mal tiempo, y tan mustio, cuando nosotros admiramos el azul del cielo y el sol que brilla. Esto parece contrario la naturaleza.

—Alto ahí, muchacho! interrumpió Enrique; en esto vas mal. La tormenta asusta á las pulgas, á las mugeres y á los ratones; pero reanima al verdadero marino. Un marino cuyo corazón se apoca durante la tempestad no tiene valor sino para agarrarse á la borda de su navio; y este navio no tardaría en tener la quilla en el aire. Sobre todo en tiempo de calma, que gusto hay en descansar sobre una mar dormida! Sin embargo tened por seguro que en todo tiempo pasan en ella cosas muy extrañas. El mar tiene secretos, misterios, que solo se pueden estudiar cuando principia á irritarse, cuando está furioso contra el hombre y sus obras..... Tú estas equivocado Hobeu..... ¿Qué decís, chicos? ¿no quisiérais oír, á propósito de esto, una historia famosa que sucedió, hace ya algunos años, cerca de la ribera misma en que ahora nos encontramos?»

Los pilotos halagados con esta proposición, aproximaron sus asientos á la poltrona del viejo: Betzi llenó de nuevo los vasos, y Enrique aplicando aun otra vez el oído á los bramidos de la ola, sonrió á la idea de que la dura y antigua roca que sostenía la torre podía desafiar todavía durante mil años el furor de la tormenta; despues dirigiéndose hacia sus huéspedes,

«Há cerca de quince años, dijo, que volvía yo de las Indias, á bordo de un navio mercante de Hamburgo. Sucedia esto precisamente en la actual época del año. Nada notable ocurrió en nuestro viaje hasta que doblamos el cabo de Finisterre; pero entonces aparecieron todas las señales de la mas horrorosa tempestad. El horizonte disminuyendo de minuto en minuto, se cubrió con un velo fúnebre del que apenas levantaba el viento los toscos pliegues. Sobre nuestras cabezas se amontonaban nubes espesas agrupándose en cúpula sombría, para desplomarse en rayos y torbellinos; las paviotas ocupaban á nuestro lado con un vuelo inquieto y azorado los costados y aparejos del navio como para buscar un refugio. Innumerables ballenas mostraban sus escamas brillantes en la superficie de las aguas apareciendo por intervalos ya en la ola que bajaba ya en la que subía, lo cual, estad seguros, es la señal mas infalible que conozco de mal temporal.

«El viento sudoeste, soplabá bastante fresco, y con el mayor trabajo pudimos tomar la ruta hacia el sud, pero el norte corria por lo bajo y nos hizo sentir su crudo frío. Por la noche heló bastante, y la niebla salpicó con blancos cristales la arboladura y las cuerdas. Una semana despues alcanzamos la punta septentrional de Escocia; y entonces bordeando entre las islas Setlandias ganamos el mar del Norte. Allí, al contrario reina la calma, algunas que otras ráfagas corren cortas y rápidas. Yo he contraído la costumbre de comparar la voz del Océano con la de la naturaleza humana, pues estos soplos del viento eran como los suspiros de un enfermo impaciente por recobrar la salud.

«Nosotros podíamos fácilmente distinguir los negros picos é imponentes rocas de la costa de Escocia, y la cima de sus altas montañas vestidas con su manto de nieve. En fin, una brisa favorable infló nuestras velas y fácilmente emprendimos la ruta. Todo marchaba felizmente, hasta que una noche—ya serian las doce—resonó un grito á bordo; los hombres que allí estaban de guardia respondieron asustados, y entonces grumetes y marineros saltando de las hamacas, se precipitaron sobre el puente para informarse de lo que sucedía.

«El mar estaba en calma; solamente nubes sombrías cargaban el horizonte, espesamente aglomeradas las unas sobre las otras, y platomadas con suavidad en las orillas por la luna en menguante. Sin la luz fosfórica de las olas encontradas, el Océano hubiera estado envuelto en profunda oscuridad. Nues-

tros ojos ansiaban traspasar la noche para descubrir la causa del extraño tumulto y del grito singular que se había oído; y podeis creerme, muchachos, cuando recuerdo lo que os digo, á esta memoria se hiela aun la sangre en mis venas,—todos quedamos como petrificados por lo que vimos.

«A poco mas ó menos de trescientas ó cuatrocientas varas al norte se distinguía el casco de un navio de dimensiones colosales, inmóvil y como fijo en las aguas. Inmóvil! porque ni un andrajo de trapo daba al viento; ningun ruido, ningun movimiento revelaba allí la presencia de un sér humano.—Dios del cielo, que fenómeno! Mástiles, cables y vergas, todo era allí blanco como la nieve. Las jarcias pendían alrededor de los mástiles, como guirnalda de alabastro.

«Fué por miedo, admiración ú horror el que nos conmoviésemos á este espectáculo sobrenatural? Creo que todo era á la vez, cuando vimos esta mole aproximarse cada vez mas..... Ya no distaba sino unas ciento veinte brazas de nuestro buque.

«Para á virar, para! dijo el capitán con una voz ahogada y herizados los cabellos. A fé de pecador que soy, este es el fantasma holandés!

«No, no es este, respondió el maestre, con los labios descoloridos y moviendo convulsivamente sus mandíbulas, no señor, no puede ser este; porque ni un hombre de tripulación tiene á bordo, y la armadura no está cubierta como la del fugitivo con huesos humanos. El diablo es quien está á bordo..... Es un buque sin vida, articuló penosamente el maestre con la palidez de la muerte sobre sus mejillas.

«El capitán tomó la bocina, y con una voz tal cual se lo permitía el sobresalto, llamó al bajel-fantasma y le preguntó su nombre y destino como es costumbre. Ninguna señal de vida respondió á esta llamada. Solamente el monstruo blanco venia sobre nosotros; en menos de algunos minutos, no distó mas que pocas brazas de nuestro navio, y nos estrechó cada vez mas á pesar de los esfuerzos del piloto y de todos los brazos empleados en la maniobra. Se unía á nosotros como un pedazo de hierro al iman. Una destruccion inevitable, la muerte se presentaba á nuestros ojos. Todos rechazamos al monstruo lanzando á la vez una exclamacion de terror. Su flanco lastimado resonó por el choque, y un grito de angustia, agudo como el de un moribundo, penetró hasta nuestro corazón. Nos creimos perdidos; pero en el mismo instante, una ráfaga repentina nos alejó, y, alabado sea Dios! ella nos salvó la vida.

—Gente hay abordo, exclamó el capitán mal dispuesto aun del sacudimiento infernal que acababamos de oír. Mirad, mirad.

«Cielos! que espantosos misterios son los que pasan sobre las aguas!

«Respirando entonces, seguimos con la vista al fantasma, observándolo con una atencion palpitante. Siempre el casco inmóvil! Siempre la misma apariencia de muerte! Ni timonero en la rueda, ni vigía, ni marineros en las jarcias. Pero en la cámara de popa pudimos percibir distantemente dos figuras blancas inmóviles y mudas apoyadas sobre el filarete. Blancos mantos flotaban alrededor de ellas, y manifestaban que eran criaturas humanas. Nuestro capitán las llamó repetidas veces pero en vano; el buque se perdió silenciosamente en la niebla, del mismo modo que se nos había aparecido.

«Durante venticuatro horas despues de esta desaparicion, no habia entre nosotros uno que creyese en su propia existencia despues de haber estado tan cerca de la vecindad del diablo; á cada instante aguardábamos alguna espantosa catástrofe. Cada uno hacia sobre ello sus conjeturas y no habia cosa por imposible que fuese que no se apoyara con argumentos plausibles. Entre tanto, todo fué bien hasta el oscurecer pero á la noche un viento nordeste arreció y arriamos con rapidez todas las velas. Una cosa informe se presentó de repente delante de nosotros, mas sombría que la oscuridad de la noche. ¿Era un navio, ó un monstruo marino? El piloto continuó en su direccion. Todos los hombres se hallaban sobre el puente, los ojos fijos en aquel punto. Con el corazón

temblando: «Carga á las velas» mandó el capitán, que se puso luego en el timón é hizo cabe sobre el objeto negro. No, no, no era un error, era el mismo, el horrible espectro que habíamos divisado la víspera, con la diferencia solamente de que era negro, negro como el carbon desde la bandas hasta la punta de los mástiles. Exactamente tambien como la víspera, las dos blancas figuras se apoyaban como dos pobres llorosas; sus blancas túnicas flotaban al viento de la noche. La ola batía tristemente los oscuros flancos del navio. Todos los brazos se armaron de nuevo con maromas para protegerse, y dos ó tres fueron estrellados cuando el monstruo costó nuestro navio; despues deslizándose por la superficie de las aguas con la ligereza de un espíritu, se confundió en la niebla que nos rodeaba.

«Al siguiente día cambió el viento de pronto al sudoeste y nos obligó á virar de bordo, poniéndonos sin trabajo á alguna distancia de la Mancha. Por la noche, pasamos á vista de muchos buques españoles á quienes preguntamos para obtener noticias del bajel misterioso, pero ninguno habia visto semejante cosa. Los dos días y noches posteriores, nos dimos por dichosos en no volverle á encontrar pero á la tercera fué otra cosa; á la distancia de medio tiro de cañón á nuestra proa el espectro estaba allí perfectamente visible. Aun se distinguían en el mismo lugar, á modo de dos centinelas vigilantes las dos blancas figuras de muger.

«Pasamos tres días considerablemente fatigados por el viento que arreciaba cada vez mas y sin ningun acontecimiento notable, á la caída de la tarde distinguimos el faro de Heligoland. ¿Sabeis, chicos, lo que es la ausencia de la patria? pues era aun mayor lo que experimentabamos, era una rabia devorante de esperanza, y esto no debe admiraros despues de las alarmas, y peligros de que creíamos haber escapado.

«Nuestros corazones rebosaron de alegría á la vista de estas rocas, testigos de los juegos de nuestra nieñez.

«La roca gigantesca se elevaba majestuosamente en medio del abismo. Echando á un lado su penacho de humo, enviaba el faro, cual hoy por bajo de su cabeza, los movimientos resplandecientes que relumbraban á lo lejos sobre las aguas. Cada vez nos aproximábamos mas á la costa; de repente cambiase el aire y retruena con una detonacion aterradora. Ponemos atencion; y los golpes se repiten una vez, despues dos, posteriormente se suceden con rapidez. Entre tanto la atmósfera estaba pura y transparente y nada se veía. Era imposible descubrir el punto de donde partía aquel estruendo furioso. Un instante despues, Tom exclamó!

—«El bajel! el bajel! Mirad! ¡mirad!

«Tendimos la vista en la direccion que señalaba su brazo, y vimos el casco desmesurado del buque silencioso, ahora desbarbolado y enclavado en la quebradura de unas rocas. Las olas furiosas se estrellaban en el puente atacándolo por todas partes á golpes redoblados.

«La negra carena procuraba levantarse pero cada vez recaía con mas fuerza, y debia acabar por deshacerse en el despiadado abismo del Oceano insaciable. Y las dos formas femeninas dejaban percibir sus blancos contornos cuando brillaba la ola en corrientes luminosas á lo largo del navio en destruccion.

—Echa el ancla de serviola y suelta la barcaza! dijo el capitán, vamos á abordar á nuestro fatal compañero de viaje!

«La tripulacion obedeció en silencio la órden del capitán, seis hombres saltaron á la lancha. Yo iba entre ellos, y nos dirigimos al navio á fuerza de remos.

«En tierra ya se notaba movimiento. El maestre dirigía en silencio los marineros hácia el lugar del naufragio; algunas lanchas surcaban la playa, y antes que nosotros llegáramos, una flotilla de embarcaciones de todas clases cubria ya las aguas. Sin embargo fuimos los primeros en abordar el navio; encontrando su casco desfondado y disputando las olas dos pedazos de su armadura. Saltamos sobre el puente, y

valientes como vosotros lo sois en toda ocasion, yo, chicos, puedo aseguraros, que los mas valerosos se sintieron horrorizados al considerar el espectáculo que se ofreció á nuestros ojos. En efecto era dema-

siado sobrenatural y terrible para no escitar la mas profunda piedad y un terror involuntario.

«Bien al contrario de la nuestra, la tripulacion del buque estaba completa; pero esta tripulacion no se



compañia mas que de cadáveres. Al pie del palo mayor, habia dos hombres tendidos sobre un precioso tapiz; debiendo ser segun parecia padre é hijo.

«El mas viejo, envuelto en ricas pieles, agarraba con su mano derecha el brazo de su compañero. Parecia tomarle el pulso. La cabeza de su hijo reposaba sobre su corazon.

«Una jóven apretaba su criatura sobre el pecho helado. A pesar de la palidez cadavérica aun estaba bella; habia conservado la expresion de dulzura y bondad de un ángel hasta en la muerte.

«Pero la escena que nos aguardaba en el interior era bien distintamente pasmosa. Todo alrededor, sobre los asientos, cadáveres y mas cadáveres. Señales bastante perceptibles de los semblantes indicaban que habian perdido la vida con violentas convulsiones.

«Necesaria era alguna sangre fria, valor y desprecio á la muerte, para no volverse loco á vista de tales horrores. Mas de un piloto se puso tan pálido como el cadáver que tenia delante de sí; y yo os aseguro que temblando todos sus miembros hubiera subido rápidamente á la cubierta, y mas de una vez se habria marchado mas aprisa que vino. Ningun marinero hubiera permanecido cinco minutos sobre el puente, á no ser por haber encontrado nuestro capitán sobre la mesa, un papel que contenia la relacion sucinta de la historia del navio y sus pasajeros; él nos la leyó y hé aqui lo que contenia:

«El navio se llamaba *Doña Isabel*, y pertenecia á un comerciante portugués. El capitán se llamaba D. Cristálvo. Llevaba la ruta para Java. Su flete consistia en frutos del trópico, vinos de Oporto, conservas, algunos toneles de arsénico, y cajas de cinabrio. Poco tiempo antes de salir de Oporto, se habia casado D. Cristálvo con una jóven de gran mérito que le acompañaba en su viaje á Java; antes habia sido prometida por sus padres á un hombre de carácter violento y audaz, de maneras rudas y groseras. La jóven siempre se habia opuesto con respetuosa energia á la voluntad de su familia, declarando que nunca consen-

tiria ser la esposa de un hombre á quien no pudiera profesar amor y estimacion. D. Rodrigo, así se llamaba aquel hombre despreciable, no bien se hubo apercibido de la pasion de los dos amantes, cuando resolvió vengarse de una manera terrible, si se casaban; empleando en el interin toda clase de amenazas para impedirlo. Los jóvenes conociendo toda la maldad de su alma, concibieron algunos temores, mas esperaban, que ausentándose de Oporto, se sustraerian á su malignidad. Rodrigo, instruido del proyecto, concibió al instante la idea de una infernal estratagemas. Se disfrazó sagazmente, y fué á ofrecerse al capitán del magnífico navio *Doña Isabel* en calidad de buzo.

«Desde entonces este enemigo mortal de nuestros jóvenes desposados quedando incógnito para uno y otro, tuvo en su mano la vida de ambos á la vez. Observó cuales eran las comidas y vinos que tomaban con preferencia; y sobre esto basó su plan de venganza digno del demonio. Un dia abrió diestramente un barril de arsénico y mezcló en los vinos y alimentos, una cantidad de este fatal veneno, mas que suficiente para dar la muerte á toda la tripulacion. Esto tuvo lugar algunos dias despues que el navio se hubo dado á la vela. D. Cristálvo, en celebridad del aniversario de su nacimiento, dió un banquete al que convidó á todos los pasajeros.

No se olvidó de los marineros que contentos bebían á la salud del jóven matrimonio; una copa sucedia á otra: era la muerte la que bebían. La violencia del veneno fué tal, que apenas sintieron las inocentes victimas sus terribles efectos. Pero las pobres mugeres sufrieron mucho mas por no haber bebido de este vino sino algunos tragos.

Quando Rodrigo pudo reflexionar en los estragos producidos por su increíble atrocidad, y que entre la tripulacion y los pasajeros, él era la única criatura viviente que habia quedado, el horror y los remordimientos se apoderaron de él; su cabeza se estravió. Fué acometido instantáneamente de una d-

mencia furiosa; y en el parasismo de su delirio, se precipitó al mar, que se cerró sobre él para siempre.

«El capitán apenas conservó la suficiente entereza para relatar en compendio esta triste aventura, pues pocas horas después se suicidó, y el navío no era más que una tumba.

«Iban entre los pasajeros, según constaba en el libro de bordo, dos religiosas á quienes acompañaba un hermano á Sumatra. Estos eran los dos personajes que coronaban la popa y que tantas veces nos habían asustado. Sin duda las desgraciadas no habían tomado más que una pequeña cantidad de vino emponzoñado, y probablemente, habían subido á la popa, esperando que el aire libre les prestase algún consuelo. Mientras tanto estrechadas la una entre los brazos de la otra habían aguardado con calma en este abrazo fatal, la muerte, á la que todos los pasajeros sucumbieran.

«Por la fecha de esta nota, la horrible catástrofe debió cumplirse en la víspera del día de la tormenta de que ya os he hablado. Las jóvenes para resistir á sus furores, se colocaron sin duda allí, donde al fin las sorprendió la muerte.

«Apenas hubimos recogido estas diversas particularidades, nos separamos á toda prisa de semejante escena de desolación; y ya era tiempo, porque las olas se introducían por los costados del navío con tal violencia, que no debían tardar en destruirle enteramente. A las dos encantadoras vírgenes, estos dos hermosos ángeles, los trasportamos en el bote, y les dimos sepultura conveniente delante de la iglesia. Una pequeña piedra que el tiempo y el olvido han hecho casi desaparecer, muestra aun el sitio en que reposan.

«Al día siguiente ni el menor vestigio quedaba de este naufragio.

A. P.

LA MANIA DE CHARLAR.

Aflige actualmente á España una epidemia horrible; mil veces peor que el cólera, el tífus, la fiebre amarilla, la gripe, el vómito negro, la sarna y la lepra reunidas. Todos parecen invadidos por ella, y lo que es peor nadie muere y los más atacados del mal medran: me refiero á la manía de hablar. Dicen que la picadura de la tarántula hace bailar: un novelista traspirenaico ha denunciado la existencia de un insecto que hace charlar. Si realmente hay tales animales, puede asegurarse que han caído sobre España como las nubes de Langosta sobre Egipto.

La charlatanería de las mugeres ha dado márgen á críticas y chanzonetas muy aplaudidas en los teatros; pero los hombres de este siglo han dejado atrás al sexo femenino en esto de hablar. No se contentan ya con imitar á aquellas; esto no valdría la pena, porque así no se pronuncian más que frases sueltas y solo se habla por turno; mas claro, hay interlocutores en vez de oyentes; esto nos satisface, lo que se quiere es subir sobre cualquier cosa, una tribuna, una silla, un banco, una mesa, un trasto cualquiera y pronunciar largos discursos; y como todo el mundo rabia por hablar, como no queda nadie para formar el auditorio, resulta que todos hablan á la vez y sin interrupción, de modo que dentro de poco será difícil conseguir que descuelle una voz sobre esta insufrible algaravía.

No hay pretexto de que no se eche mano para charlar: la sociedad actual adopta hasta las virtudes más austeras, con tal de que proporcionen ocasión de hablar.

En el día los hombres más crueles se hacen filántropos por soltar la sin hueso, los más egoístas padres de la patria por dar que hacer á los taquígrafos, los más ignorantes catedráticos por tener oyentes, aunque lo sean contra su voluntad, los más escépticos sacerdotes por apoderarse del púlpito, gefes de motín los más cobardes solo por arengar á los sublevados, amigos de los muertos los que los odiaron únicamente por tener ocasión de dar voces en los ce-

menterios, abogados, en fin, por tomar posesión de los bancos de los tribunales, médicos por discutir en las juntas dejando que espire el enfermo, cómicos por gozar del privilegio de que los escuchen, etc. etc.

Se habla bajo pretexto de beneficencia de agricultura, del bien de la patria, del interés de los litigantes de literatura, del gas, de bancos, de intereses materiales, de canales, de caminos de hierro, de seguros, de minas y hasta de probidad!!....

Existen varias sociedades tan solo para charlar; las academias científicas y literarias son hijas del mismo afán; en suma, no hay coyuntura que no se aproveche para hablar. Los negocios que deben ventilarse en las reuniones, los asuntos que se dice tienen por objeto, no son más que un pretexto, el objeto principal es meter ruido charlando.

España es en la actualidad capaz por sí sola de atolondrar y ensordecer á las demás naciones, con el ruido de sus palabras. Estalla en cualquier sentido uno de esos alzamientos que suelen ser semanales, el gefe pronuncia un discurso, la autoridad respectiva contesta con dos, las de otras provincias hacen 20 copias de ellos: ocurre un acontecimiento notable, se envían mensajes al gobierno, el cual responde con discursos, que son contestados por otros discursos.

La causa de este furor general de hablar nace de la experiencia de que en estos tiempos meter ruido y llamar la atención es el mejor medio de medrar, y como la oratoria presenta el camino más fácil de llegar al objeto apetecido, porque charlar ha sido siempre mucho más fácil que hacer, y meter ruido con palabras huecas, mucho más cómodo que adquirir nombradía trabajando, estudiando o escribiendo, de ahí la preferencia que se dá á los discursos. Para distinguirse en cualquier profesión es preciso tener ó talento ó suerte; la prensa que es otro medio de hacerse notar exige muchísimo trabajo, profundos estudios y una paciencia y asiduidad maravillosas. Para ser orador no se necesita más que buenos pulmones, descaro, sangre fría, aplomo y una figura simpática ó tremenda: que el acento del orador sepa á provincia, que sus palabras sean sencillas hasta la negligencia ó afectadas hasta la bichazon, que carezcan de precisión, de nervio, de energía, todos estos defectos desaparecen ante el calor y el brillo de la peroración. El auditorio es indulgente, el lector severo, aquel se apasiona y se identifica con el orador, este analiza á sangre fría y escrupulosamente palabra por palabra, pensamiento por pensamiento. Al orador se le oye con entusiasmo, al escritor se le lee con reflexión, el primero obra sobre los sentidos exteriores y sobre las pasiones, el segundo sobre el espíritu y la razón.

Todo esto no impide que el inmenso número de oradores de nuestros tiempos, sean los hombres más vanos del mundo; mas que los cómicos, mas que los poetas, mas todavía que los que se apellidan entre nosotros hombres de gobierno.

Afortunadamente vendrá un día en que convertidos todos en oradores, pierda la charlatanería su poder y no disfruten ya del placer de hacerse oír mas que las celebridades parlantes legítimamente adquiridas. ¡Plegue al cielo que este momento no llegue cuando nos hayamos quedado ya completamente sordos!

Así como el teatro de la Cruz es incorregible en su costumbre de dedicarse á la magia, el escamoteo y las andaluzadas, el Instituto sigue haciendo esfuerzos dignos de elogio por agradar al público. Sentimos que el poco espacio que nos queda, no nos permita hablar de las últimas funciones ejecutadas en él, que demuestran que la empresa de este teatro aspira á corresponder con pruebas de reconocimiento, á las muestras de deferencia que le dá la concurrencia que le frecuenta.

MADRID 1848.—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.